

comprender que todo era preferible á que el país se viese envuelto en la guerra americana; y así, á medida que se aumentaban los elementos de la rebelión, los del gobierno disminuían considerablemente. La capital del Estado llegó, ciertamente, á verse convertida en un campamento, con las fortificaciones que se mandaron levantar y el gran número de soldados que las ocupaban; pero los pronunciados, en vez de arredrarse, estrecharon más el sitio de la ciudad, colocándose las fuerzas de D. Agustín León en la hacienda Chacsinkín; las de Barret y Cadenas, en Tixcacal, y las de Baqueiro, en Multuncuc. Como ninguna de estas tres fincas dista más de dos leguas de Mérida, parecía que los pronunciados ya no necesitaban más que tender las manos para recoger la palma del triunfo, cuando aconteció un terrible suceso, que Barbachano quiso aprovechar, aunque infructuosamente, para el restablecimiento de la paz.

Trujeque y Vázquez se habían dirigido desde Tihosuco á Valladolid, en cumplimiento de las órdenes que recibieron del gobierno de la revolución, y habiéndose situado en el pueblo de Tixcacalcupul, que sólo dista cuatro leguas de aquella ciudad, intimaron al jefe de su guarnición que se rindiese con los trescientos hombres que formaban su fuerza. Este jefe era el teniente coronel D. Claudio Venegas, y en vez de contestar su nota á los pronunciados, mandó una fuerza á batirlos; pero siendo ésta muy inferior en número á la de los pronunciados, que llegaban á dos mil, se vió obligado á replegarse á la ciudad sin combatir. Entonces Trujeque avanzó hasta Valladolid y ocupó el suburbio de Sisal, donde se le incorporaron todos los vecinos de los barrios. Venegas intentó desalojarle de esta posición; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles, y pronto se vió reducido á la plaza principal, donde fué sitiado en toda regla por los pronunciados.

Para comprender ahora lo que debemos referir en seguida, es necesario tener presente dos hechos: 1.º, que dos

terceras partes, cuando menos, de las fuerzas de Trujeque estaban compuestas de indios, y 2.º, que desde tiempo inmemorial existía en Valladolid una constante pugna entre la población del centro de la ciudad y la de los barrios. Formaba la primera una especie de aristocracia, que fundaba su vanidad en descender de la raza conquistadora y en poseer mejor educación y mayores bienes de fortuna que los habitantes de los barrios. Esta ridícula presunción había sido llevada hasta el extremo de aislar y humillar á los últimos, porque no eran aceptados en ciertas fiestas y reuniones que se celebraban en el centro. En suma, á pesar de que hacía más de veinte años que se había establecido la república en el país, en aquella ciudad existían todavía dos clases, que se profesaban el mismo odio que la nobleza y el pueblo en las antiguas monarquías de Europa.

Desde el momento en que la plaza fué cercada por los pronunciados, sitiados y sitiadores comenzaron á ofenderse mutuamente con el fuego de fusilería que hacían desde sus respectivos atrincheramientos. Toda la ciudad estaba consternada, porque bastaba arrojar una mirada sobre los agresores para comprender que aquel episodio de la guerra civil iba á tener un desenlace terrible. Los vecinos de los barrios insultaban á voces á los del centro, y los indios atronaban el aire con sus gritos, como en los tiempos de la conquista. Uncs y otros llegaron á embriagarse completamente con el aguardiente que sacaron de las tiendas, y se habían insubordinado de tal manera, que no escuchaban la voz de sus oficiales ni de sus jefes. Así transcurrieron cuarenta y ocho horas, durante las cuales los pronunciados fueron aproximando paulatinamente sus atrincheramientos á los de Venegas.

Por fin, el 15 de enero de 1847, día nefasto en los anales de la Península, Trujeque, que sólo era obedecido cuando halagaba las pasiones de sus chusmas, dió la orden de que la plaza fuese asaltada simultáneamente por varias

direcciones. Entonces los sitiadores se precipitaron en tropel sobre las trincheras enemigas; y aunque se dice que en aquel momento el teniente coronel Venegas izó una bandera blanca, ninguno de los contendientes se fijó en este símbolo de paz, y se empeñó una lucha sangrienta y feroz. La superioridad numérica de los asaltantes hizo que muy pronto se decidiese la victoria en su favor. Pero no por esto cesó la matanza.

Luego que el teniente coronel Venegas y algunos oficiales suyos, que cayeron prisioneros, fueron llevados al barrio de Sisal, los pronunciados se arrojaron, machete en mano, sobre las casas de la plaza y calles principales de la ciudad, para cometer en ellas todo género de violencias. Forzaban las puertas, reduciéndolas á pedazos; arrancaban en seguida de su hogar á las personas contra quienes tenían algún resentimiento, y las asesinaban bárbaramente sin respetar sexo ni edad. Se destruía lo que no se podía robar, en cuya tarea se distinguieron principalmente los indios, y los mismos árboles, las flores y hasta los animales domésticos fueron víctimas de este instinto salvaje. Pero no fué este el último acto de aquella escena de canibales. Los cadáveres fueron paseados en triunfo por las calles, y cuando sus verdugos estaban ya hastiados de insultarlos, los arrojaban á unas hogueras en que servían de combustible los muebles despedazados y los papeles extraídos de las oficinas públicas. Los indios se agitaban alrededor de estas hogueras, manifestando con aullidos salvajes el placer que les causaba el crujido de las carnes, y llevándoselas algunos á la boca, después de arrancarlas del cuerpo de sus víctimas.

Ocho días duraron estas escenas horrosas, durante las cuales ocurrieron atentados que el pudor se resiste á estampar en el papel. Se asegura que fueron ochenta y cuatro las víctimas sacrificadas por los pronunciados, y que la matanza se extendió hasta las fincas y pueblos cercanos

á Valladolid. El teniente coronel Venegas fué asesinado el día 17 por un hombre alevoso, llamado Bonifacio Novelo, que llevó mil indios con este objeto á la prisión que se le había destinado. El vicario D. Manuel López Constante corrió igual suerte, á pesar de que intentó ablandar á los asesinos ofreciéndoles por su vida todo lo que poseía. Se ha dicho que los jefes de los pronunciados hicieron grandes esfuerzos para contener á los autores de estos crímenes. Nosotros lo creemos buenamente, porque había entre ellos hombres como Trujeque y Vázquez, que no podían tener placer en asesinar á las mujeres y á los ancianos indefensos, y porque perteneciendo al número de los corifeos de la revolución, debían tener empeño en que no se manchase. Pero quizá es menos culpable el hombre inculto y salvaje que ejecuta un asesinato, que el que á sabiendas le pone en ocasión de saciar sus instintos feroces (4).

Fácilmente comprenderá el lector la sensación profunda que causarían en Mérida y en toda la Península los hechos atroces que acabamos de referir. El gobernador don Miguel Barbachano los hizo poner en conocimiento de los jefes de la revolución, que se hallaban en la hacienda Tixcacal, quejándose de que se hubiesen conculcado en Valladolid las leyes de la guerra que se observaban en todas las naciones civilizadas. En la nota que dirigió con este motivo al coronel Peraza, para que se la transcribiese al general Cadenas, hacía notar que podía desarrollarse una guerra de castas á la sombra de las disensiones intestinas que el pronunciamiento de Campeche había sembrado entre la raza civilizada, y terminaba conjurando á todos los yucatecos que no perteneciesen á la clase indígena pura, á que se uniesen de buena fe para salvarse á sí mismos del peligro común que los amenazaba. Si Barbachano llegó

(4) *El Siglo XIX*, periódico oficial del gobierno, número correspondiente al 19 de enero de 1847.

á alimentar la esperanza de que estas razones harían deponer las armas á los disidentes, muy pronto quedó completamente desilusionado. El gobernador revolucionario Barret contestó que su ánimo se había afectado profundamente con la noticia de los excesos cometidos en Valladolid; que aunque los informes que se tenían podían ser exagerados, como lo eran en efecto, realmente existía el peligro de que la conflagración en que se hallaba el Estado degenerase en una guerra de castas; pero que como ésta no había sido provocada por el movimiento de 8 de diciembre, sino por ciertas medidas desacertadas del gobierno, era de esperar que el Sr. Barbachano depusiese la actitud hostil en que se había colocado en Mérida, para quitar á la revolución el único obstáculo que le quedaba para triunfar en toda la Península.

Los que de buena fe llegaron á creer que las escenas sangrientas de Valladolid pusiesen un término á la guerra civil, debieron quedar profundamente indignados cuando vieron á los partidos políticos perder el tiempo en recriminaciones inútiles, en lugar de hacerse concesiones mutuas para llegar á la unión. Pero el desenlace no podía tardar demasiado. Realmente la inmoral revolución de 8 de diciembre se había extendido en todo el país, y aunque el gobierno conservaba todavía un buen número de tropas en la capital, ésta se hallaba amagada por tres fuerzas distintas, que tarde ó temprano debían hacerla sucumbir. Una defección inesperada provocó muy pronto este resultado. Una fuerza que salió de la plaza para atacar á los pronunciados que se hallaban en Tixcacal, en lugar de cumplir con las instrucciones que llevaba, se pasó al enemigo. Barbachano comprendió entonces que ya no podía prolongar por más tiempo su defensa, y en el acto «expidió una proclama en que, haciendo una explicación de su conducta desde 1.º de enero del año anterior, manifestaba que, no queriendo ser el responsable de una guerra de barbarie,

iniciada ya por los pronunciados que habían armado á la raza indígena, interesándola en las cuestiones políticas que se trataban, desde luego se separaba del gobierno del Estado, pidiendo á los yucatecos por única recompensa el que jamás pudieran atribuirle las funestas consecuencias que preveía» (5).

Separado del gobierno D. Miguel Barbachano, las fuerzas que hasta el último instante le habían permanecido fieles se vieron en la necesidad de someterse. El 22 de enero se celebró en la hacienda Tecoh una capitulación muy honrosa para los vencidos, y en virtud de la cual el gobernador provisional Barret y todas las tropas pronunciadas ocuparon al día siguiente la capital del Estado.

Así terminó una de las revoluciones más dignas de censura que se registran en las páginas de nuestra historia. La calificación podrá ser dura, pero es merecida. Cuando en virtud de la promesa solemne que el Congreso extraordinario había empeñado en el decreto de 2 de julio de 1846, Yucatán no tenía ya ningún pretexto para romper los lazos que le ataban á la república mexicana, los hombres del 8 de diciembre le hicieron aparecer egoísta y cobarde ante el mundo civilizado, proclamando su neutralidad en la guerra norteamericana. Pero no fué esto todo. Los indios que acaudillaron para apoderarse de Valladolid, y que perpetraron los asesinatos de 15 de enero, no llegaron nunca á deponer las armas y formaron el primer eslabón de la guerra de castas, que estaba ya próxima á estallar.

---

(5) BAQUEIRO, *Ensayo histórico*, tomo I, capítulo V.